

NECHAMA BIRNBAUM

LA
PELIRROJA
DE
AUSCHWITZ


ESPASA

NECHAMA BIRNBAUM
LA PELIRROJA DE AUSCHWITZ

Traducción de Aleix Montoto



Título original: *The Redhead of Auschwitz. A true Story*

© Nechama Birnbaum, 2021

Originally published in English by Amsterdam Publishers, the Netherlands

© por la traducción, Aleix Montoto, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

© de las imágenes del interior: Shutterstock

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-670-7696-7

Depósito legal: B. 3.976-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

CRASNA. 10 DE MAYO DE 1944

¿Por qué han de decir
las naciones
dónde está su Dios?
Nuestro Dios
está en los cielos
y puede hacer
todo cuanto quiere.

Salmo 115, 2-3

El retumbar de los tambores resulta ser el sonido más trascendental que nunca oiré, pero al principio apenas le presto atención. Repiquetean sordamente a lo lejos y no son más que un ruido de fondo en la fantasía que está reproduciéndose en mi cabeza. Soy consciente de que mi mente divaga y me recreo en la libertad que supone abandonarme a ello. A mi lado fluye el riachuelo, zumban las libélulas y las hojas colgantes del sauce llorón danzan en la brisa, una suave orquesta de sonidos que me transportan a un espacio en el que nada importa y donde todo es bueno. Pero entonces, ¡bum!, los tambores vuelven a repicar y esta vez sí me fijo en ellos. ¿Tambores? ¿Por

qué alguien está tocando unos tambores en mitad del día?

Me vuelvo hacia el lugar del que proviene el sonido y veo a dos soldados húngaros marchando. Uno tiene un tambor colgado con una cuerda del cuello, como si fuera un collar, y lo golpea enfáticamente. El otro lleva una trompeta en una mano y un megáfono en la otra.

—¡Todos los judíos a la plaza Mayor! —exclama—. ¡Atención! ¡Atención! ¡Todos los judíos a la plaza Mayor!

Son otra vez esos húngaros. Siempre están intentando reafirmar su control de nuestro pequeño pueblo, demostrar que están realmente implicados en su devenir. No es así. Mi pueblo, Crasna, se encuentra en la frontera entre Hungría y Rumanía, y ambos países luchan por él como niños pequeños por un juguete. Yo también lucharía por mi pueblo. Es hermoso. Escarpadas montañas recortan el horizonte cual enormes fortalezas y el riachuelo nos envuelve como una fosa a un castillo. Habría podido pensarse que este arroyo nos protegería, pero cuatro años atrás los húngaros se apoderaron de nuestro pueblo con sus mugrientas manos. Desde entonces, las cosas han sido un poco distintas, pero a estas alturas ya estamos acostumbrados.

En la plaza Mayor hay docenas de personas. Parece la víspera de un día festivo, pero, en vez de dedicarse a comprar en las paradas del mercado, la gente se ha congregado alrededor de un escenario que han levantado delante de la iglesia. Un gendarme con un megáfono se encuentra en un pequeño podio.

—¡Atención a todos los judíos! ¡Atención a todos

los judíos! —exclama. La mayoría de los habitantes del pueblo están aquí, no solo los judíos. Veo a mi hermana pequeña, Leah, en un rincón con sus amigas. También a mi hermano, Yecheskel, con algunos de sus amigos de la *yeshiva*, la escuela ortodoxa judía solo para varones. Y a la mejor amiga de mi madre, Kokish Emma, pero no veo a mamá.

—¡Atención, he dicho! —exclama el oficial.

La algarabía enmudece.

—Todos los judíos debéis ir a vuestras casas y preparar una maleta. Llenadla únicamente de ropa y comida. Es muy importante que dejéis todos los objetos de valor en casa. —Sonríe—. Debéis dejarlos a la vista para que podamos verlos. Si no lo hacéis así, ateneos a las consecuencias. Id a vuestras casas y preparad la maleta. Partiréis muy pronto, así que hacedlo de inmediato. Es mejor que estéis listos. —Deja a un lado el megáfono y desciende del escenario. El barullo de voces vuelve a elevarse, pero ahora puede percibirse cierto dejo de confusión. Trago saliva ruidosamente al tiempo que noto cómo una sensación de náusea asciende por mi garganta.

Me dirijo a casa y Leah me alcanza cuando estoy entrando al patio. Sus cejas están enarcadas por la preocupación y el miedo es perceptible en sus oscuros ojos. Leah tiene diecisiete años, es justo diecisiete meses más joven que yo y, al menos, diecisiete veces más lista.

—¿De qué va todo esto? —pregunta mi hermana mientras recorremos el patio.

—No lo sé. Me ha puesto muy nerviosa.

Entramos en nuestro apartamento. Mamá sostiene una cazuela que debe de haber traído de la cocina exterior.

—¿Dónde habéis estado? ¿Qué es lo que te pone nerviosa?

—¿Es que no has oído los tambores, mamá? —pregunta Leah—. Han convocado a todos los judíos en la plaza Mayor. Un gendarme ha dicho que debemos hacer una maleta con lo que tengamos y que les entreguemos nuestros objetos de valor a los gendarmes que vendrán a nuestras casas.

—¡Estaba todo el pueblo! —dice Yecheskel, restregando los pies en la alfombrilla y frotándose las mangas de la chaqueta antes de entrar. Tiene trece años y está comenzando a convertirse en un hombre, pero, al mismo tiempo, todavía es básicamente un niño.

—No puedo oír nada con el ruido de la cocina. He hecho pan. Supongo que tendré que meterlo en la maleta.

—¿Qué crees que quieren de nosotros? —pregunto.

—No lo sé —dice mamá—. No puede ser nada bueno.

Leah, Yecheskel y yo nos miramos desconcertados. De repente, sin decir una sola palabra, mamá se dirige al armario del vestíbulo y coge una maleta del estante superior. Luego descuelga los vestidos que hay dentro y los deja sobre la mesa. De fondo, se oye el leve repiqueteo ominoso de un soldado que está tocando un tambor a lo lejos y todos nos movemos con rapidez siguiendo su ritmo.

—Coge la ropa buena —dice mamá—. Deberíamos ir bien vestidos allá donde vayamos. Y coge también los cárdigan. —Nos tiende el resto de la ropa del armario. Diligentemente, Leah y yo la apilamos sobre la mesa y luego la doblamos y la metemos en la maleta. Advierto que me tiemblan las manos. Resulta muy extraño hacer la maleta sin saber adónde nos dirigimos. Hace una hora, ni siquiera nos íbamos a ir a ningún sitio.

—¡Tu anillo de pedida, mamá! —digo.

Es el único objeto de valor que tenemos. Mi padre le compró este anillo a mi madre cuando le pidió que se casara con él, y, a pesar de que murió hace ya trece años, todos los días sorprende a mamá mirándolo. No puedo imaginarme a mi madre dejándoles a los húngaros lo único que le queda de nuestro padre.

—¿Mi anillo? —pregunta mamá, bajando la mirada a su mano—. ¿No pretenderán que deje aquí mi anillo de pedida?

—Creo que sí —responde Leah, y, con un hilo de voz, añade—: Han dicho que nos atuviéramos a las consecuencias si no lo hacíamos.

Mamá abre los ojos como platos y traga saliva ruidosamente.

—¿De verdad han dicho eso? —pregunta.

De repente, me siento furiosa. Los húngaros ya le quitaron a mi madre su trabajo y su casa. No permitiré que se queden con algo tan importante para ella como esto.

—Dámelo, rápido —digo, extendiendo una mano—. Lo coseré dentro de la hombrera de mi cárdigan.

Mamá se saca el anillo del dedo y me lo da. Yo lo cojo y me siento a la máquina de coser. Mientras me preparo para esconder nuestro único objeto de valor entre mis ropas, tengo la sensación de que todo esto es muy surreal. Deshago la costura de un hombro del cárdigan. Mamá siempre me decía que trabajara más rápido, como Leah, y ahora, bajo presión, al fin lo hago con la misma celeridad y eficiencia que mi hermana. Después de abrir la hombrera, meto el anillo en el relleno y vuelvo a coserla. Mis líneas son perfectas, pero mamá no está mirándome. No deja de deambular de un lado a otro del salón, metiendo cosas en la maleta y arreglándoselas para que todo quepa perfectamente en su interior, sea harina de la alacena, un montón de toallitas o las sábanas de nuestras camas.

—Id a vestiros —dice, tendiéndonos nuestra ropa—. Y dadme lo que lleváis ahora puesto para que pueda meterlo también en la maleta.

El vestido es de color azul marino y blanco hueso, y está hecho del mejor lino. Mamá lo encargó a Inglaterra. Los pliegues son afiladísimos porque los planché a la perfección. Puede que mi hermana sea la costurera más talentosa de la familia, pero yo plancho con tal esmero que los pliegues de nuestros vestidos podrían cortar la piel.

Me meto el vestido por debajo de la falda y, cuando llego a la cintura, me quito la falda. Luego, meto el vestido por debajo de la blusa, abrocho los botones y me saco la blusa. Leah y yo le damos nuestra ropa a

mamá y observamos cómo la dobla y la coloca en la maleta.

—Poneos los cárdigan —ordena mamá, señalándolos con un gesto, y luego se pone a tamborilear con los dedos en la mesa de madera.

El corazón me late frenético, como si estuviera intentando escapar de la caja torácica. Me pongo el cárdigan sobre los hombros. De repente, tengo la sensación de que el anillo que llevo escondido dentro de la hombrera derecha pesa quinientos kilos. El sudor empieza a manar de mis axilas.

—Mamá —digo entonces—. No puedo llevar el anillo conmigo.

—Quítatelo, *mamale*¹ —contesta sin mirarme. Sus dedos tamborilean con más fuerza en la mesa.

Me quito el cárdigan y, con un solo paso, vuelvo a estar sentada a la máquina de coser. Abro de nuevo la hombrera y saco el anillo. Sin decir una palabra, salgo de casa y me dirijo al lavabo exterior. El sol ilumina el diamante, que despide un centelleante arcoíris. Abro la puerta del retrete y tiro el anillo de mamá con su reluciente arcoíris por el agujero con todas mis fuerzas. Si mi madre no puede tenerlo, los húngaros tampoco lo tendrán.

No sé de dónde he sacado la fortaleza necesaria, pero cuando vuelvo a entrar y me siento junto a mamá, Leah y Yechezkel, hay una extraña calma. Esperamos.

La puerta se abre con violencia y dos gendarmes irrumpen en nuestra casa con los rifles en las manos. Nunca antes me habían apuntado con un arma. Miro

el pequeño agujero del cañón y luego el rostro furioso del gendarme que empuña el rifle, y siento que se me forma un nudo en la parte baja de la barriga.

—¡Salid fuera! ¡Coged vuestra maleta!

En un estado como de ensueño, veo a mamá ponerse de pie, coger la maleta y arrastrarla hacia la puerta. Los soldados recorren la casa, mirando debajo de las camas y de la mesa.

—No hay nada de valor en esta madriguera de ratas. Registrémoslos a ellos. Puede que lleven escondido algo encima —le dice un gendarme a otro, y luego, volviéndose hacia nosotros, añade—: ¡Fuera! ¡Salid fuera!

Salgo a trompicones por la puerta junto a mis hermanos. Las dos familias judías con las que compartimos el patio, los Rosenberg y los Brach, ya están ahí. Unos pocos gentiles también han salido a mirar. Uno que nos pidió prestados huevos ayer mismo y otro cuyos niños cuidé la semana pasada. Ahora, sin embargo, veo que sonríen mientras un soldado me empuja con el cañón de su rifle. Me siento desorientada y llena de vergüenza.

—¡Ahora poneos ahí! —ladra un gendarme, y empuja al señor Rosenberg con su arma. Este da un traspié—. ¡Vosotros, venid! —El gendarme nos hace una señal a Leah, a mamá y a mí—. ¡Poneos aquí!

Hacemos lo que nos dice. Con el cañón del rifle apuntándonos a la cara, no tenemos otra elección. El señor y la señora Rosenberg permanecen uno al lado de otro. Sus hijos los rodean rápidamente.

—¡Escuchad con atención! —exclama el gendarme que ha empujado al señor Rosenberg—. Tenemos que asegurarnos de que no lleváis armas encima. No hacerlo sería una estupidez por nuestra parte, y no somos estúpidos. Vamos a registraros para comprobarlo. —Se acerca al señor Brach, que alza las palmas de las manos para mostrarle que están vacías—. ¡Oh, no eres tú quien me preocupa, judío insignificante! —dice el gendarme—. Es a las mujeres a quienes he de registrar.

Algunos de los muchachos que están observando la escena comienzan a reír. El gendarme se vuelve hacia ellos.

—Tenemos que registrar a estas bellas damas para comprobar que no llevan nada escondido, ¿no?

—¡Claro que sí! —grita un muchacho.

El gendarme coloca una mano sobre el hombro de una de las hijas de los Brach, llamada Lutchie. Esta empieza a temblar bajo su garra.

—Ven aquí, jovencita —dice el gendarme—. Tenemos que asegurarnos de que no vas armada.

La lleva a un lado. Luego coge a su hermana, Miriam, y también la aparta. A continuación conducen a las gemelas Rosenberg, Suri y Idy, al otro lado del patio, y luego vienen a por mí, Leah y mamá.

—Ahora vamos a registraros a vosotras —dice el soldado que está junto a las gemelas Rosenberg—. ¡Será mejor que no llevéis ninguna pistola encima o, peor aún, un rifle! —Al oír esto, el grupo que está contemplando la escena se echa a reír. Esconder un rifle

bajo la ropa sería tan sencillo como esconder un ternero, y lo saben.

—No pueden hacer esto —comienza a decir el señor Rosenberg.

El gendarme se da la vuelta.

—¿Ah, no? ¿No puedo? ¡Mírame! —Luego se vuelve otra vez hacia las mujeres—. ¡Quitaos la ropa, jovencitas! —Nadie se mueve—. ¡Ahora mismo! —Los vecinos que se han congregado alrededor se acercan un poco más.

Me quedo paralizada. No puedo creer que esté pasándome esto. Me siento como si contemplara la escena a través de una ventana borrosa. Nunca antes había estado desnuda delante de alguien. Leah y yo ni siquiera nos hemos cambiado jamás la una delante de la otra a pesar de que hemos compartido dormitorio y cama toda la vida. Incluso en nuestro apartamento de una habitación siempre hemos sabido instintivamente que debíamos vestirnos en privado. El patio se arremolina a mi alrededor como un cuervo aleteante. Oigo risas y gritos y el llanto de un bebé. Veo la forma dura y redondeada del cañón del rifle que sostiene uno de los gendarmes que está más cerca de mí. Como si me encontrara en un sueño, comienzo a desabrocharme el vestido. Cuando siento el aire en mi piel desnuda, tengo la sensación de que me han arrojado a las aguas de un pozo helado. Oigo más risas al fondo, pero solo puedo pensar en mi brazo, desnudo y expuesto a todos. Sigo desabrochando con torpeza los botones. Una horrible vergüenza me atenaza cuando el vestido cae

al suelo. Doy un paso a un lado para salir de él. Alrededor de la barriga llevo una bufanda de franela. Desde que era pequeña, sufro terribles calambres estomacales que me provocan náuseas y debilidad. La bufanda es lo único que me ayuda a soportarlos, de modo que siempre me envuelvo la barriga con ella antes de vestirme. Ahora la desenvuelvo despacio.

—¡Date prisa! —exclama alguien al fondo.

Varios muchachos se ríen y uno de ellos añade:

—¡Sí, date prisa, judía!

—¿Es que no nos oyes? ¡Hemos dicho que te des prisa! —Un gendarme acerca el cañón de su rifle a mi cadera.

Yo me encojo de miedo y rápidamente me quito la ropa interior. Estoy temblando.

—¡Mira eso, todas las judías desnudas! ¡Oooh, míralas!

—Nunca habría imaginado que sería tan afortunado de ver a todas estas judías desnudas.

—¡Ja! ¡Míralas ahora!

Las voces del gentío suenan cada vez más alto y me arde el rostro de vergüenza. El frío me aguijonea la piel desnuda. Procuro mantener la vista en el suelo.

Un gendarme se acerca a mí y posa sus manos sobre mi cuerpo, me hace alzar los brazos y me palpa las axilas y las costillas. Luego sus dedos recorren todo mi cuerpo, incluida la parte trasera de las orejas. Con el rabillo del ojo veo la sonrisita que se le ha formado en los labios y eso hace que las lágrimas se asomen

a mis ojos. Permanecen ahí, amenazando con caer por mis mejillas, pero no llegan a hacerlo.

—La pelirroja no lleva nada peligroso —informa.

Pasa a la siguiente mujer de nuestra cola. Oigo más risas. Mi cuerpo está ahora expuesto para quien lo quiera. Ya no me pertenece.

Cuando al fin termina la inspección, nos permiten volver a vestirnos. Yo me pongo mi bonito vestido, antes planchado y ahora arrugado y sucio.

—¡Seguidnos! ¡Formad una fila! —ordena un soldado, el más gordo de todos.

—¡Hala, adiós! —grita entre risas un hombre desde el patio cuando nos alejamos.

Vamos detrás de los Rosenberg y los Brach, y todos seguimos a los soldados. Algo me dice que no lo haga, que no los siga, que me quede donde estoy, pero mis pies continúan avanzando a pesar de las protestas de mi mente y me doy cuenta de que no tengo otra elección. Todas mis opciones han desaparecido cuando me he quitado el vestido. Ahora mi destino está en manos de los soldados que nos han tocado.

Nos llevan a la plaza Mayor. Cuando llegamos, reparamos en los carruajes verdes hechos de madera agrietada y tirados por caballos viejos. Todos los judíos del pueblo están aquí, además de algunos mirones. Los gendarmes meten a empujones a nuestros amigos y vecinos en los carruajes, y luego arrojan las maletas sobre sus cabezas. Cada vez se amontonan más personas y maletas en el interior de los vehículos. Los mirones nos contemplan como si estuviéramos en

el circo y contribuyen al caos reinante con sus abucheos y sus carcajadas. Luego me fijo en que algunos están llorando. Veo que Kokish Emma tiene el rostro enrojecido y las lágrimas le caen por las mejillas. Su marido la sostiene por un brazo.

—Mira lo que les está pasando a los judíos. Ahora ya no se les ve tan orgullosos, ¿eh? —exclama un hombre entre la muchedumbre.

Los soldados nos empujan hacia los carruajes.

—¡Ja! Mira ese hombre sentado en su maleta. ¡Menudo acaparador! Voy a hacer que me la dé —dice otra voz.

—¡Los judíos aprenderán por fin a compartir! —grita otro, seguido de más risas.

Cada vez estoy más cerca de los carruajes y veo como la gente sube e intenta colocar sus maletas debajo para poder sentarse en ellas.

—¡Mirad lo que les están haciendo a los judíos! ¡Mirad lo que les están haciendo a los judíos! —exclama una mujer en un tono desconcertado, pero también jubiloso.

Echo un último vistazo atrás antes de subir al carruaje. Aquí es donde aclamé al rey junto con todos los demás habitantes del pueblo. Puedo ver la escuela en la que aprendí y bailé y jugué. A nadie le importó nunca que fuera judía. Pasé mi infancia en esta misma plaza, encontrándome con amigos y viniendo a hacer la compra para mamá. Este pueblo siempre ha sido mi hogar, pero en un instante se ha convertido en otra cosa. Algo que ni siquiera puedo reconocer.

—¡Vamos! ¡Vamos! —Un gendarme me empuja con brusquedad con su arma hacia el carruaje más cercano. Al avanzar, de repente recuerdo algo y me vuelvo hacia mamá—. ¡Se me ha olvidado cerrar con llave!

El gendarme se ríe en mi cara. Puedo oler su aliento. Apesta a carne y cigarrillos.

—No te preocupes, querida —comenta—. No hacía falta que cerraras.

Empuja a mamá al carro y ella sube a trompicones. Luego Yecheskel le tiende la maleta y ella consigue encontrar un lugar en el que colocarla entre dos personas que ya están a bordo. Yo subo cuando mamá se sienta en ella. Parece que esté a punto de desmayarse. Yecheskel se une a nosotras y luego lo hace Leah.

—¿Qué está pasando? —pregunta esta a mamá, mirándola desesperadamente a los ojos en busca de una respuesta.

—La guerra nos ha alcanzado —dice mamá, negando con la cabeza—. Es probable que nos lleven a un campo de trabajo. Trabajaremos y, cuando la guerra termine, regresaremos a casa.

Oigo sus palabras, pero no les encuentro ningún sentido.

Yecheskel asiente mientras sostiene la maleta de alguien sobre la cabeza.

El carruaje arranca con una sacudida y comenzamos a alejarnos despacio de la plaza.

—¿Dónde está ahora vuestro Dios? —grita alguien entre la multitud—. Dónde está ese Dios del que estáis

tan orgullosos, ¿eh? —Unas pocas mujeres se ríen. Otras personas aplauden.

Lo último que veo antes de que un caballo viejo se me lleve del pueblo que amo es una cámara negra ante mi rostro, y después un flash. Un hombre ha subido a la parte trasera del carruaje. Se inclina y toma fotografías de la gente con su cámara. Una instantánea, dos, luego tres. Por fin, desciende de un salto y, ya en la calle, inspecciona su equipo como si fuera un día de trabajo cualquiera. Los caballos tiran de su carga y las ruedas del carro giran pesadamente. Yo me abrazo a mamá y comienza la espera mientras nuestro transporte nos lleva quién sabe dónde.